



FIESTA CRISTIANA DEL TRABAJO

Escrito dominical, el 1 de mayo

La fiesta del 1 de mayo nació con un sentido reivindicativo; ese sentido se mantiene hoy día, aunque las manifestaciones y expresiones de reivindicación sean diferentes. ¿Es el 1 de mayo una fiesta cristiana? Sin duda, independientemente de que ese día se celebra desde mucho antes de que en 1955 el Papa Pío XII introdujera en el calendario litúrgico la memoria de san José Obrero. Recuerdo que en Madrid, en una de las parroquias en las que fui cura, apareció el 1 de mayo una pintada que decía: «Cura: esta no es tu fiesta». La verdad es que yo trabajaba mucho entonces; por ello me pregunte cuál sería la razón de esa negativa a que no participara de esa fiesta. Barrunto que apuntaba hacia la idea de que los sacerdotes no tenemos preocupación por el trabajo o los trabajadores en paro laboral; o tal vez que no tenemos en cuenta la frustración de no poder trabajar o de hacerlo con salarios bajos, precarios que ahogan el futuro; y seguro también por esa opinión sostenida de que los «curas trabajan poco».

No es verdad que a los que formamos la Iglesia, curas o fieles laicos, no nos preocupen la situación de tantos hombres y mujeres trabajadores, o la seguridad en el trabajo que produce tantos accidentes laborales; o que nos tenga sin cuidado la gente en paro o la precariedad en el trabajo, y el sufrimiento que esto comporta. En la programación pastoral de este curso 2015-2016, de muchos modos instamos a conocer el contenido de la doctrina social de la Iglesia y el Compendio de esta doctrina y la necesidad de preocuparnos por el aspecto social de la fe, que tiene que ver con la caridad, virtud fundamental. Si un católico olvidara lo que supone el trabajo o la injusticia social, el consumismo o el egoísmo individual y social que no tiene en cuenta a los parados, sobre todo los de larga duración y sin ayudas sociales, sería un mal católico.

Yo no pretendo dar recetas ni lecciones aprovechando el 1 de mayo. Sólo digo que en el Día Mundial del Trabajo todos debemos reconocer la dignidad del trabajo humano y del trabajador, como lo describió el Vaticano II, al decir que los trabajadores «prolongan la obra del Creador y son útiles para sus hermanos». De modo que desempleo, precariedad de las condiciones laborales, trabajos cada vez más reducidos o sin derechos sociales, horarios que imposibilitan la vida personal, familiar y social no son «músicas celestiales», sino realidades que padecen personas concretas. Son nuestras preocupaciones en este momento, son preocupaciones de la Iglesia, curas o no curas. «La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores son afectados, es necesaria una voz profética», dice el Papa Francisco en «La alegría del Evangelio», n. 218. Es necesario que el trabajo sea decente, reclamaban Benedicto XVI y san Juan Pablo II. Sus encíclicas sociales están ahí.

Si en «Caritas in Veritate», el Papa Benedicto alentaba para que las estructuras de pecado y de insensibilidad pasen a ser de fraternidad y de bien común, ¿no desearemos colaborar a que se genere un cambio de mentalidad en nuestra sociedad, en la que hay tantos católicos? Pero hacen falta hechos, no promesas vanas, como nos tienen acostumbrados nuestros políticos, principales responsables de ese bien común. Es evidente que «el actual sistema económico produce diversas formas de exclusión social. Las familias sufren en particular los problemas relativos al trabajo. Las posibilidades para los jóvenes son pocas y la oferta de trabajo es muy selectiva y precaria» (Papa Francisco, La alegría del amor, 44).

No quisiera terminar sin apuntar a una herida que no se cierra: la peligrosidad laboral y los accidentes de trabajo, que continúan aumentando. Sólo en 2015 murieron 608 trabajadores. Aquí hay indicios de una situación poco alentadora, que genera dolor y desamparo. He descrito algunos de los sufrimientos que producen la precariedad laboral y la marginación social. Seguro que conocéis parados que no saben a dónde dirigirse. Me gustaría acercarme a tantos de ellos, que junto a nosotros pasan estos procesos y sufrimientos. A veces no hace falta acercarse: están entre nosotros, en nuestra propia familia. Os invito a orar a san José, que ayudó a Cristo a

aprender un trabajo manual; ellos nos lleven a cambiar la mente y el corazón.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

ENCRUCIJADA POLÍTICA

Escrito dominical, el 8 de mayo

Como una gran mayoría de españoles, me encuentro perplejo ante la situación de partidos políticos que son incapaces de ponerse de acuerdo para que exista un gobierno en España. Busco luz en el Concilio Vaticano II y leo: «La misión propia que Cristo confió a la Iglesia no es de orden político, económico o social, pues el fin que le asignó es de orden religioso» (GS, 42). Yo no soy la Iglesia, soy un Obispo católico, pero puedo como otros españoles decir una palabra sobre las especiales circunstancias políticas que está viviendo nuestro pueblo. Aunque con sus matices. Entiendo antes de nada que de mi misión religiosa fluyen tareas, luz y fuerzas que pueden servir para constituir y fortalecer la comunidad de hombres y mujeres en la que vivo.

Lo primero que habría que subrayar es la necesidad de que en el actual dinamismo social de España todo camine hacia una unidad básica, en un proceso de una sana socialización y asociación civil y religiosa. Por esta razón, la falta de diálogo y generosidad entre partidos políticos es preocupante, como las exclusiones en la comunicación. Las descalificaciones personales nunca son razones. Y el riesgo de escisión y confrontación de la sociedad española es muy grave, siendo una parte descalificada por la otra. ¿Volveremos a reclamar la injusticia de exigir para una de ellas la verdad de España, negándosela a la otra, como si ésta no existiera, no perteneciera a la única historia?

Ciertamente, en virtud de su misión y naturaleza, la Iglesia Católica «no está ligada a ninguna forma particular de cultura humana o sistema político, económico o social» (GS, 42). Por ello, yo, que no pertenezco a la sociedad política, sí veo como parte de la sociedad civil que debo animar y aconsejar a nuestros políticos a superar sus desa-venencias, que nos hacen daño. Nada deseo más que se desarrolle libremente el bien común, para que puedan reconocerse los derechos fundamentales de la familia y de los individuos. Si se remueven hasta los cimientos de nuestra convivencia como pueblo, ¿cómo no sentir desconcierto? Pienso que la Constitución Española, aunque no sea perfecta y sí perfectible, debe garantizar nuestra convivencia, a pesar de las diferencias lógicas entre unos y otros.

También creo importante, como ha señalado el Presidente de la Conferencia Episcopal en su discurso de apertura de la CVII Asamblea Plenaria (18-04-2016), indicar que nuestro marco más amplio como pueblo es Europa. Tal vez faltan en el viejo Continente confianza en el futuro, generosidad y magnanimidad, porque se confió demasiado en los aspectos económicos, técnicos y de bienestar, como han mostrado los muros levantados frente a la llamada apremiante y dramática de los refugiados. Pero Europa no fue así y se puede pedir a la sociedad europea una mayor solidaridad, signo de nuestra verdadera tradición y raíces humanistas y cristianas, tan olvidadas, que nos hacen recordar las palabras de Juan Pablo II en Compostela en 1982: «Vieja Europa, vuelve a encontrarte. Sé tú misma». El respeto mutuo, la libertad, la defensa de todo ser humano se asienta en la persona con su dignidad inviolable e innata.

En este contexto recuerdo también palabras que ahora tienen más de 50 años: «Este Concilio Vaticano declara que la persona humana tiene derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste en que todos los hombres deben estar inmunes de coacción, tanto por parte de personas particulares como de los grupos sociales y de cualquier poder humano, de modo que, en materia religiosa, no se le impida que actúa conforme a ella, pública y privadamente, solo o asociado con otros, dentro de los debidos límites» (Declaración conciliar *Dignitatis humanae*, n. 2, 7-12-1965).

Eso significa, por ejemplo, que la Iglesia no aspira en España a ser privilegiada ni a ser preterida o excluida. Se siente en el derecho de reclamar la libertad religiosa y de enseñanza y este mismo derecho quiere compartirlo con las demás confesiones cristianas, con otras religiones y con quienes no se reconocen en ninguna religión. Cito al Cardenal Blázquez: «La aconfesionalidad significa que el Estado no profesa ninguna confesión religiosa para que todos se puedan sentir igualmente libres e igualmente respetados, garantizando una sociedad plural en lo religioso. El Estado es aconfesional, y los ciudadanos seremos lo que creamos conveniente».

Acabo con palabras del Papa Francisco: «Un sano pluralismo no implica una privatización de las religiones, con la pretensión de reducir las al silencio y a la marginalidad de los recintos cerrados de

los templos, sinagogas o mezquitas». En este ámbito nos movemos pacíficamente como católicos y como ciudadanos.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

“YO OS DARÉ OTRO PARÁCLITO”

Escrito dominical, el 15 de mayo

Son palabras de Jesús, que suponen para nosotros gran esperanza y confianza. La invocación de la Iglesia: “Ven Espíritu Santo” es, en este día de Pentecostés, sencilla, inmediata y profunda. El Espíritu Santo en efecto es el don que Jesús pidió y pide continuamente al Padre para sus amigos; es el primer y principal don que nos ha obtenido con su Resurrección y Ascensión del cielo.

Pero esta petición de Cristo al Padre en la última Cena, para que venga el Espíritu Santo, coincide con la donación total de Jesús en la cruz; de modo que invocación y donación del Espíritu Santo se convierten en una única realidad: “Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con nosotros para siempre”. ¡Qué grande esa petición e invocación de Jesús, que continúa hoy por nosotros! Cristo sigue, pues, ejerciendo su sacerdocio de intercesión en favor del Pueblo de Dios y de la humanidad. Quiere esto decir: Jesús reza por nosotros pidiendo al Padre el don del Espíritu Santo. ¿Tanta importancia tiene el Espíritu Paráclito? Sí, porque es Abogado, Defensor, Testigo de Cristo en nosotros, el que nos hace conocer a Jesús. Expliquemos un poco.

Donde hay laceraciones y divisiones (y hay muchas en la sociedad y entre los cristianos) el Espíritu crea unidad y comprensión, que necesita la familia humana, tantas veces en conflicto. La unidad que trae la obra salvadora de Jesucristo se convierte así en la “tarjeta de visita” de la Iglesia. Pentecostés quiere decir que todas las lenguas son habladas en la Iglesia. Hemos de tener muy claro que la Iglesia universal precede a las Iglesias particulares o Diócesis. Nosotros como Iglesia de Toledo debemos siempre conformarnos a la Iglesia Universal, según un criterio de unidad y universalidad. Por eso, la Iglesia nunca llega a ser prisionera de fronteras políticas, raciales y culturales; no se puede confundir con los Estados ni tampoco con Federaciones de Estados, porque su unidad es de otro tipo.

Pero la unidad creada por el Espíritu Santo no es una especie de igualitarismo, tipo Babel, es decir, la imposición de una cultura de unidad de tipo técnica o tecnócrata. No, la Iglesia es por naturaleza una y múltiple, destinada como está a vivir en todas las naciones, en todos los pueblos, y en los contextos sociales más diversos. En todas partes la Iglesia debe ser verdaderamente católica y universal, la casa de todos en la que cada uno puede encontrar su lugar.

En Pentecostés el Espíritu Santo se manifiesta como fuego, llama que desciende sobre los discípulos reunidos. Se realiza así lo que Jesús dijo: “He venido a arrojar fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendida!” (Lc 12, 49). ¡Qué distinto este fuego del de las guerras y bombas! ¡Qué distinto el incendio de Cristo, que la Iglesia propaga, respecto a los que encienden los dictadores de cada época, que dejan detrás de sí tierra quemada. Esta es una llama que arde sin quemar, pero que no destruya. Dice Orígenes, poniendo estas palabras en boca de Jesús: “Quien está cerca de mí está cerca del fuego” (Homilía sobre Jeremías 1,I). Jesús, por el Espíritu que es fuego, realiza en nosotros una transformación y consume en el hombre lo que corrompe y obstaculiza sus relaciones con Dios y con el prójimo. Siempre necesitamos que Jesús nos diga, como a Pedro: “No tengáis miedo”.

Vale la pena dejarse tocar por el fuego del Espíritu Santo. No vale sólo creer en Dios y admirar la figura de Jesucristo, si luego nos echamos atrás temiendo las exigencias prácticas de la fe. ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Enciende en nosotros el fuego de tu amor!

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

¿CÓMO LO HARÍAMOS MEJOR?

Escrito dominical, el 22 de mayo

Me refiero a armonizar mejor la alegría que experimentan los niños que, habiendo preparado su iniciación al domingo y a la Santa Misa, celebran “su Primera Comunión”, en la que no suele faltar “una fiesta especial”, con un banquete y algunos regalos. Nada tengo contra esa fiesta, para que el día de la Primera Comunión sea un día diferente, precisamente por haber la niña o el niño adelantado en el proceso de Iniciación Cristiana, en el que se reciben el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Son los sacramentos pascales y fundamentales para el ser cristiano. A poco que los niños comprendan qué cosa tan grande es encontrarse con Jesús Sacramentado y poder recibirle bajo las especies de pan y de vino, como los cristianos mayores incluidos sus padres, ¡cómo no van a sentir alegría!

Pero ahora se lleva mucho los de organizar eventos, también para las Primeras Comuniones, en lo que se incluye todo, pero poco del acontecimiento que está viviendo el niño o la niña. Por casualidad vi en una televisión regional un programita donde algunas mamás eran solicitadas a asistir con su niña o niño a preparar “todo el evento”. Lo más curioso es que madre e hijo eran persuadidos a buscar “lo el niño o la niña más le guste”, porque es “su fiesta”: menú, regalos, traje de Primera Comunión y otros detalles. Por supuesto, en el programa en cuestión para nada se aludió a lo que significa la fiesta de ese día, ni tampoco se mencionó para nada algo que se refiriera de lejos la sobriedad, el amor a los pobres, la situación de papás sin trabajo que no pueden ofrecer a sus hijo nada de eso.

Tengo que decir que me sentí triste, porque el esfuerzo de muchos padres, de muchos catequistas, de sacerdotes y otros docentes, para una buena iniciación a la Eucaristía y al domingo, se viene abajo con esa comprensión de “la comunión” de éste o de aquella niña que vi en ese programa. No es una buena dirección por la que caminamos; no es la que quiere el Señor. Repito: entiendo que sea un día especial para el chaval o la niña que se acerca a participar por primera vez en la Eucaristía; entiendo la fiesta, el salir de la rutina del cada día. Pero eso es otra cosa.

Tal vez no entiendan mi reflexión hosteleros, casas donde se compran cuanto necesiten los padres para la ocasión, incluso los que organizan los “eventos” que estoy comentando. Lo sentiría, pues en absoluto rechazo los esfuerzos profesionales por ofrecer su servicio a los padres y a los niños de Primera Comunión. Pero toda educación es muy delicada y también lo es la educación en la fe y la coherencia de ese tiempo en el que los niños, se entiende de padres “cristianos”, se inician a la fe cristiana. Este proceso no consta únicamente de aprender cosas, de cumplir con asistir a unas sesiones de catequesis porque no hay más remedio (¡qué pesados se ponen ahora los curas!). Es algo mucho más serio.

En el caso de la iniciación al domingo y a la Misa dominical, se trata de transmitir a los niños, primero el despertar a la fe, iniciar a la oración, si en casa no lo hacen, a la vivencia de la celebración y a la liturgia, a la fraternidad y la caridad, a fijarse cómo vivió Jesús. Por supuesto que esa preparación es también un contenido de fe, una doctrina apropiada a su edad, una enseñanza de las fórmulas de fe y oraciones que la tradición cristiana enseña a los hijos de la Iglesia. Todo para conocer mejor a Jesús como Alguien vivo que nos acompaña con su Espíritu Santo y que los niños se sientan miembros de esa Comunidad de Jesús que llamamos la Iglesia. Por eso no aceptamos, salvo en excepciones muy grandes, que un niño haga su Primera Comunión solo, sin otros niños.

Siento en estos momentos la alegría y la paz experimentada en una Confirmación y Primera Comunión de un niño de apenas 6 años, Carlitos, que, enfermo, sus padres me pidieron que su hijo pudiera terminar la Iniciación Cristiana celebrando con ellos, sus otros hijos, sus amigos y toda la familia más cercana, la Eucaristía. Carlos pudo así recibir a Jesús y antes la fuerza del Espíritu Santo para adentrarse en el misterio de Jesús el Salvador, que nos ama ardientemente. Este niño apenas un mes después murió, pero estoy seguro que sus ganas de recibir a Jesús se han hecho eternas. Beso cada día su recordatorio de Primera Comunión y el regalito que nos dio a los que participamos de esa celebración. También aquí aconteció un evento, con una fiesta preciosa. Ruego al Señor que Carlitos pida por sus padres, sus hermanos, su familia, por todos nosotros.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

LA CARIDAD EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

Escrito dominical, el 29 de mayo

“Tú ves a la Trinidad cuando tú ves la caridad”, se atrevió a escribir san Agustín. Pero la aguda frase del santo africano, Padre de la Iglesia, indica qué es el amor de Cristo, hacia dónde nos encamina en nuestro obrar de cada día. El mismo san Agustín dice también que el amor de Dios es el primero en la intención, pero el amor al prójimo es *el primero en la acción*. Si no hemos descubierto este pensamiento cristiano, no lograremos que nuestro comportamiento sea diferente, tanto con relación al bien y al mal como al comportamiento puramente filantrópico y aún solidario.

Lo dicho anteriormente explica que la Iglesia y sus comunidades diocesanas (parroquias, movimientos y asociaciones católicas, e igualmente instituciones eclesiales como Cáritas, Manos Unidas y otras muchas) nos sean ONGs, cuya existencia es buena y beneficiosa, pero son “otra cosa” sin duda valiosa. Hablaré hoy de Cáritas, o de la acción caritativa de los católicos que, por el mero hecho de ser una comunidad cristiana, han de vivir el amor de Cristo a los demás, sobre todo a los más pobres y viven en la miseria.

¿Cuál es la diferencia? Digamos algunas. Por ejemplo, cuando alguien se encuentra con Cristo y es cristiano por la gracia de la vida nueva que recibimos en la Iniciación cristiana y sus sacramentos, rápidamente cae en la cuenta de que su actuación moral debe cambiar y salir de sí mismo para encontrar a los demás como hermanos. Es aquello del dicho de Jesús: “Hay más alegría en dar que en recibir”, o aquel otro: “no ha venido a ser servido sino a servir”, y aun este otro: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”. No se trata de un “moralismo”, sino de moral cristiana.

Ciertamente es la presencia de Jesús, el Hijo del Dios Bendito que, al encarnarse, se une a todo hombre y mujer. Por eso se dice, cuando queremos trabajar en cualquier campo del apostolado de la Iglesia, sea pastoral obrera, con jóvenes, con matrimonios, con refugiados o inmigrantes, aunque no sean cristianos, que “antes de ir nosotros a ellos, ya el Señor ha llegado”. Vamos a los pobres, porque allí está Cristo pobre.

Esa es la tarea y la acción beneficiosa de Cáritas que da cuenta en estos días de la Memoria de sus actividades, de sus programas, de dónde gasta el dinero de sus proyectos y campañas: en los más pobres. Y les aseguro que cuando los voluntarios de Caritas –y todos podemos serlo- se ponen a trabajar, ¡cuánto amor, imaginación e iniciativas aparecen! Decimos con esto que la vida humana puede ser vivida de otro modo y el mundo puede cambiar. Lo sé si lo van a cambiar los gobiernos y cuantos son poderosos en este mundo. Lo deben hacer, es su obligación, pero si desplegamos la capacidad de amar que nos da Cristo, el rostro humano cambia, la humanidad es mejor y, lo que es más importante, la dignidad de las personas se respeta y no se desprecia.

Es muy de agradecer cuanto en nuestro mundo existe de solidaridad, de acercamiento a la realidad de tanta gente en nuestra sociedad. Ahí están tantas acciones buenas que la gente lleva a cabo con los que más sufren o están abandonado. Yo quiero agradecer todo este mundo de ayuda humanitaria. Pero quiero agradecer en este día a los voluntarios de Cáritas y todos sus esfuerzos. Es el de la comunidad cristiana concreta, de los que ayudan en tantas parroquias para que no se olvide la presencia de Cristo, el buen samaritano. Sin la acción caritativa de la Iglesia, ésta no sería la Iglesia que fundó Jesucristo.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España